

Theatro de la gentilidad

Naturaleza y tiempo en la poesía de Carlos Clementson

Francisco J. Díez de Revenga

Las olas y los años es el título que Carlos Clementson ha dado a su último libro ¹, una selección de cuatro lustros de su poesía recogida por él mismo en 1982 y publicada, mucho más tarde, ya en 1986. Está el nombre del libro tomado del título de un poema de su obra *El fervor y la ceniza*, que ya publicó en 1982 ². En «Las olas y los años» hallamos un poema desacomodadamente entonces extenso, ya que supera las ocho páginas, pero que se justifica en su extensión cuando se advierte que la composición en concreto es una larga revisión de la propia vida del poeta, una especie de autobriografía espiritual trazada sobre la base de dos pilares —*vivants piliers*— sólidos: las olas y los años, la naturaleza y el tiempo, «el tiempo que pasa y la Naturaleza —el mar y la tierra— que permanece», como el mismo poeta asegura en la introducción.

Pero ¿cuál es el alcance y la medida de este tiempo? ¿Por qué con la naturaleza constituye una base sólida? El mar es para el poeta cambiante, como las olas, y siempre el mismo a un tiempo. Su atracción surge de su propia condición de inmenso espacio. Pero está también con la misma intensidad el tiempo con su irreversible ley de la transitoriedad: «Cae una gota de tiempo/ colmando el vaso, el verso. Cae muy lento el silencio/ sobre el mar...»

Hemos iniciado estas líneas haciendo referencia a este poema ya antiguo de Carlos Clementson porque en él está el germen de la poesía nueva que se da a conocer en el volumen ahora publicado, y que es a la única que nos vamos a referir. Porque Clementson, al hacer el recuento de su poesía y volver a publicar los poemas de sus libros anteriores ha querido también ofrecernos las primicias, los frutos adelantados de su próximo libro, que se titulará *La luz sobre las rocas*, en el que creemos ver un nuevo camino muy interesante en la ya valiosa trayectoria poética de su autor.

La luz sobre las rocas se nos ofrece como un poemario de singular intensidad y riqueza expresiva. En primer lugar descubrimos un estilo muy peculiar, de extensos poemas de andadura pausada, sosega-

dos en el tiempo y felices en las combinaciones expresivas. La conjunción de una expresión distendida y de tono bastante narrativo se combina con una aparente sensación de naturalidad llenos de interés. Suaves metáforas ennoblecen la expresividad de palabras llenas de sentido y escasamente complejas en sus situaciones y combinaciones. El tono intimista revelado en la frecuente utilización de la segunda persona del singular (evidentemente reflexiva) completa el conjunto de recursos que hacen a estas poesías creaciones llenas de autenticidad y verdad poéticas.

Podemos afirmar que Carlos Clementson ha recogido de su mundo poético anterior, sabiamente recopilado en este libro, en este *Las olas y los años*, aquellos elementos de su poesía que contienen la fuerza y la belleza suficientes para continuar el camino trazado, y así, partiendo de sus ya lejanas meditaciones del tiempo y de la edad, ha traído, con los últimos poemas incluidos en esta selección, a la actual tradición elegíaca, tan viva y tan potente en nuestra poesía, su aportación personal a través de una visión del mar llena de lúcida vitalidad. Clementson ha sabido encontrar en el mar y en sus elementos su lección como símbolos de una permanencia y ha facilitado el registro de todas las posibilidades tan variadas de un mar vivo, lleno de perfiles y no sólo con sus olas (signo de movimiento constante que encanta al que se atreve a contemplar la permanente reiteración de su monótono verso—, sino también la orilla, la arena, la luz, el sol. No es necesario que nos advierta Clementson —como en efecto hace— que ese mar, esa orilla, esa arena o esa luz, o ese sol, son los del Mediterráneo y los del Sureste, porque están claras las ricas referencias posesivamente vividas por el poeta en su infancia y juventud y fuertemente impresas en su retina, en su sensibilidad de poeta. Una composición, «La adelfa», llena de viva plasticidad y de luminoso vitalismo nos ofrece un símbolo, un símbolo plástico representado en este árbol o arbusto mediterráneo resistente. La verdad de una imagen da fuerza y autenticidad a un modo poético y así, el símbolo de la adelfa es algo más que un bello motivo poético y se entronca con la vasta representación del tiempo y el mar, en este momento clave de la significación de la naturaleza como permanencia. La adelfa contempla impasible el paso del tiempo y la mutación de las estaciones, soportando levantes y dejándose mover por los vientos y, al mismo tiempo, contemplando. Contemplando esos elementos invariables que son lección de permanencia en esta poesía de andadura noble y espaciada: el mar, la arena, la luz, el sol, el azul, contemplándolos y escuchando los rumores del viento y de los pinos. Todo ese Mediterráneo tan presente siempre en la poesía de Clementson, ahora

¹ Carlos Clementson, *Las olas y los años (1961-1982)*, Poesía 17, Editora Regional de Murcia, Murcia, 1986.

² Carlos Clementson, *El fervor y la ceniza*, Col. Libros de Bolsillo 10, Exema. Diputación de Córdoba, Córdoba, 1982.

vivo y lleno de sobrecogedora belleza y de atractivo vital.

Previsiones de futuro son también meditación del paso del tiempo. Es lo que ocurre con poemas como «Dentro de cierto tiempo...», poema de futuro realizado bajo la presión del paso y del peso del tiempo («Las manos a la espalda, pasearás bajo el sol,/ en una tarde/ como ésta quizás...»). Un futuro y una segunda persona que no son ya sino un presente y una clara primera persona trasfiguradas por la mano del poeta, que logra así una manipulación de las coordenadas reales de persona y tiempo. Es lo mismo que sucede en la reviviscencia clásica de «Los templos serenos», donde el poeta podrá hallar un futuro que finalizará el día de la última ola, expresión de una nueva y enriquecedora simbología del mar y de sus componentes.

Belleza por tanto aprehendida con entusiasmo, y verdad en su intelección y recreación. La retórica limpia y clara de una poesía que permite encuadrar a Carlos Clementson en las más prestigiosas corrientes de la poesía española actual, que huyen del artificio de una retórica hueca y buscan en la autenticidad de los mundos poéticos y en la naturalidad de un estilo abierto y vital, la verdad de una creación artística altamente estimable. A ella aporta Carlos Clementson la obsesiva presencia del tiempo que huye, pero también el entusiasmo y el vitalismo de una vivencia casi religiosa de la naturaleza como creencia y como adhesión, de una naturaleza que es sentida y creída en todos sus elementos, en todos sus impulsos, aquí representados en la gran lección del mar-protagonista, del mar-símbolo, junto al cual el sol refleja «la luz sobre las rocas».

Del tiempo y la memoria

Francisco Sánchez Bautista

Academia Alfonso X el Sabio

Murcia, 1986

Santiago Delgado

Con todas las cautelas que tal aserto requiere, podemos afirmar que un autor ha llegado a la más

alta madurez expresiva posible (o, dicho de otra manera, ha logrado registros de clasicidad) cuando alcanza lo que podemos llamar su propia «poémica»; quiérese decir, unos temas, unos tonos, unos tratamientos, unas insistencias que dan personalidad, voz propia y clara, y resonancia de clásico a todo cuanto escribe a partir de haber llegado a esos términos hasta aquí descritos.

Verdaderamente, la lectura de «Del tiempo y la memoria», de Francisco Sánchez Bautista hace aflorar conclusiones en apariencia excesivas como las del párrafo anterior. La «poémica» de este autor amalgama tragedia y serenidad, ternura y protesta, muerte y vida, naturaleza y pensamiento. Ese tremendo instrumento poético que sigue siendo el soneto sirve para vehicular, elegiacamente, el hondo desencanto del poeta ante una modernidad profanadora de humanos sentires y hurtadora de Arcadias ignorantes de sí mismas, Arcadias, ¡ay!, que sólo tuvieron conciencia de serlo cuando perdieron tal condición. La huerta de Murcia, todo el paisaje cantado, añorado por Sánchez Bautista se hace llanto poético, auténtico y sentido, pero viril, en estos endecasílabos que no hacen concesiones a ningún efectismo de falsa vanguardia ni experimentalismo fatuo. «Del tiempo y la memoria» nos da testimonio de diversos dolores del poeta, de su infancia y juventud, del paisaje que entonces gozaba, del tiempo que pasa y ofende, del amigo perdido. Por eso, más que lo elegíaco, creo que es posible y aun preferible, resaltar el tono moral, en el sentido áureo del término, en el que toma en la «Epístola moral a Fabio», por ejemplo; entendido como un recuperar para la poesía la que fue su más alta misión conocida, la de elevar al individuo en su más auténtica condición humana. Es como un último servicio de la hoy frívolamente despreciada Poesía Social, a la Literatura: recordar que la poesía no debe ser un mero ejercicio de cultismo retórico, vacío y decadentemente hermoso, narcisista en fin; ni un higiénico e individualista acto de impudor intimista, personal y casi intransferible; tampoco la estupidez de la escritura automática y surrealista. Sánchez Bautista devuelve a la poesía su condición moral, porque nos habla, universalizándolos, de sus temores y dolores, sin ninguna armazón filosófica prefabricada, y sus dolores son el paisaje destruido, que él mismo ha visto destruirse: el tiempo que le duele, en su cuerpo y en su horizonte vital; y el mismo dolor de ser hombre, sometido al tiempo y a la memoria.

Tal es la «poémica» de Sánchez Bautista, extraída de su propia vivencia, y de la lectura del clásico asimilado, no de lo previa y fraudulentamente poetizado; mucho menos, del ejercicio verbal, tan seductor. Se trata, pues, de una «poémica» moral; la «poémica» de un clásico.